

# EL TALLER

REVISTA MASÓNICA QUINCENAL.

ORGANO OFICIAL DE LA GRAN LOGIA SIMBÓLICA INDEPENDIENTE ESPAÑOLA.

Á LA GLORIA DEL GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO.

S. A. P.

## SUMARIO

Parte oficial.—De actualidad.—Honras fúnebres á la memoria del hermano Manuel Martínez y Velilla.—Discurso del hermano M. Martínez Reina en dicha sesion.—¡Manuel! Poesías.—Discurso de los hermanos *Progreso* y *Fraternidad*, de la Res. Log. *Numancia*, al ser investidos con el grado de Maestro Mason.—Cuentas.

## SECCION OFICIAL.

Nos B. Ruiz, Maestro Mason, Gran Maestro de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española* de Antiguos, Libres y Aceptados Masones.

Sabed: Que la Asamblea legislativa ha decretado, y la Comision Ejecutiva promulga lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan aprobadas las cuentas del Gran Tesoro de la Gran Logia, correspondientes al primer trimestre de 1884, presentadas por la Gran Comision de Administracion.

Art. 2.º Publíquense las expresadas cuentas, en el periódico oficial EL TALLER, para conocimiento de todos.

Sevilla 2 de Mayo de 1884.

El Gran Maestro,

B. Ruiz.

El Secretario de la Gran Comision Ejecutiva,  
R. Badia.

Secretaría del Despacho de la *Gran Logia Simbólica Independiente Española*.

El material recibido por esta Secretaría hasta el día 27 del mes actual, ha sido distribuido en la forma siguiente:

A la Gran Comision de Gobierno.

Dos comunicaciones de las Logias *Taoro* núm. 9 é *Ibérica* núm. 19, referentes al congreso convocado en Madrid por la logia *El Progreso*.

Una idem de la Gran Logia de Bulgaria contestando la que le fué dirigida en demanda de datos sobre su constitucion.

Una idem de los Venerables Maestros de las Logias *Ibérica* y *El Taller* de Ma-

drid, dando cuenta del resultado de la Comision que les fué confiada cerca del Venerable Maestro de la Respetable Logia *Caballeros de Oriente*.

A la Gran Comision de Administracion.

Cuatro comunicaciones de las Respetables Logias *Teide* núm. 17, *Ibérica* número 19, *El Taller* núm. 25 y *Luz de San Fernando* núm. 12, participando las alteraciones ocurridas en sus respectivos cuadros.

Una idem de la Respetable Logia *Union Masónica* en instancia, acompañando su cuenta hasta fin de Marzo último.

Una idem de la Comision del Templo de las Logias de Madrid, participando su acuerdo sobre la forma de cubrir sus débitos.

Lo que se publica por medio del periódico oficial para conocimiento de los cuerpos interesados.

Sevilla 28 de Mayo de 1884.

El Secretario del Despacho,

E. Miniet, M. M.

## De actualidad

Los ultramontanos ponen especial empeño en considerar la Enciclica «*Humanum genus*» como la última palabra contra la Francmasonería, y tienen razon bajo su punto de vista. El Papa es la suprema é infalible autoridad de su Iglesia; cuando dirige su voz á los fieles, no es un hombre el que habla, es el mismo Dios, y por lo tanto dice siempre la verdad, y sus palabras se imponen á la conciencia, sin dejarle siquiera el derecho de examinarlas y mucho ménos juzgarlas. No queda más que uno de estos dos caminos; ó someterse ciegamente ó revelarse. El que siquiera ponga en duda la infalibilidad, el que pretenda someter á un exámen racional lo que esa infalibilidad aprueba ó condena, deja de ser católico; la rebelion en este caso lleva consigo la exclusion *ipso facto* del



gremio de la iglesia, de que el Papa es la cabeza.

Esto será terrible, monstruoso, contrario á los derechos de la razon, como quieren los liberales; opuesto al Evangelio, como dicen los protestantes; pero es perfectamente lógico dentro de los principios católicos, y por eso ni los protestantes, ni los liberales caben dentro de la iglesia papal. Los ultramontanos, sin mezcla de liberalismo, son, pues, consecuentes, cuando dán por irremisiblemente condenada á la Masonería en la conciencia de todo católico sincero y verdadero. *Roma locuta est, causa finita est.*

Pero sobre esa conciencia estrecha y exclusivista, que tiene por regla el *credo quia absurdum*, se levanta la conciencia universal, que tiene principios de derecho tan ciertos é inmutables como este; *nemo præsuntitur reus, nisi probetur*, y contra este principio nada vale la infalibilidad, pues nadie puede hacer reo al que es inocente.

La Enciclica *Humanum genus* no prueba los asertos gratuitos que lanza contra la Francmasonería; las acusaciones que en ella se hacen resultan calumniosas, mientras no se aduzcan las pruebas en que se fundan. ¿Porque los inspiradores del Pontífice no le han indicado algunos textos y citado algunos hechos para que aquel documento hubiera resultado más racional, aunque ménos dogmático, y hubiera convencido no solo á la conciencia católica, que no necesita razones, sino á la conciencia de la humanidad, que las pide con justicia? Este es el defecto fundamental de la Enciclica, que por más que vociferen los ultramontanos no tendrá el resultado por ellos apetecido, ni perjudicará en lo más mínimo la marcha de la Masonería.

\*\*\*

Las anteriores observaciones las vemos confirmadas en un periódico tan serio y formal como *La Chaine d'Union* de París. Dice así el ilustrado colega.

Se comprenderá fácilmente, que antes de continuar la publicación de la Enciclica, necesitamos someter algunas reservas. Lo pedimos con toda sinceridad, aunque sintiendo en el alma un profundo sentimiento de tener que observar este lenguaje, á causa de la situación Venerable del autor de este escrito.

¿Es posible admitir que sea permitido á un hombre que no se distingue de los demás sino por el hecho de la autoridad elevada y respetable de que está revestido, atribuir una multiplicidad y consecucion de crímenes, de atentados, una perversidad escepcional de conducta y de actos á una sociedad de hombres de todos

los países, de todos los rangos sociales, sin dar pruebas de sus aseveraciones, sin que especifique los hechos, sin citar los nombres de los culpables?

No: esto es inadmisibile.

O las acusaciones se apoyan en hechos serios y reales y entónces se tiene entero y pleno conocimiento, y deben denunciarse sin reticencias y este es el primer deber, ó tales acusaciones no tienen más fundamento que las impresiones completamente íntimas y personales, y en tal caso no es de un alma honrada formularlas.

El Papa en este caso no es más que un hombre como los demás. No puede valerse de un derecho que no sería más que la negacion y la violacion de toda nocion de justicia.

Ahora bien, en la especie, y las opiniones y la sentencia expresada en la Enciclica no pueden alcanzar, tocar, ni ofender á la Masonería y á los Franc-masones. El Papa está reducido á la impotencia de establecer con hechos tangibles la verdad y la realidad de sus calumniosas aserciones.

No hay, no ha habido nunca asesinos en la Masonería, por la Masonería, para la Masonería, en interés de la Masonería, *et ad Maximam Gloriam* de la Masonería. Si eso ha pasado en otra parte, no pasa felizmente en la Masonería y de parte de los Masones.

Hé aquí lo que podemos garantizar.

\*\*\*

Pero es inútil que pensemos traer al campo de la razon á los que tienen por norma el prescindir de ella. El juicio está ya formado en el Vaticano en lo que á los masones se refiere, y no podemos esperar ser tratados con mayor indulgencia.

He aquí una prueba tomada de nuestro colega *Voice of Masonry*:

«La reciente carta del Papa al obispo de Quebec, referente á la Masonería, que en la actualidad está dando la vuelta á toda la prensa, me trae á la memoria lo siguiente. Un sacerdote católico puede oír la confesion y al mismo tiempo dar la absolucion al más perverso de los criminales, al hombre que haya cometido incendio, asesinato, rapto ó cualquier otra infamia por abominable que ella sea, con tal que el miserable no sea Francmason. En tal caso y si tal aconteciere, el obispo mismo no puede absolverle ni administrarle, con autoridad propia, los sacramentos de la iglesia, aunque fuere el dicho obispo un cardenal. La absolucion solo puede ser dada á un mason por el Papa mismo.

Tal es el texto del último Rescripto papal, y en su consecuencia, todo sacerdote católico tiene que pensar y admitir lo mismo, si es preguntado acerca de este asunto. Por lo tanto la Francmasonería está considerada por el *romanesimo* como el más atroz de los crímenes que pueden cometerse.»

Lo sabemos y lo comprendemos.

\*\*\*

Sentimos no poder dar cabida en este número á la protesta de la Masonería



gaditana contra la Enciclica de Leon XIII. Lo haremos en el próximo, para que no se enfrie el asunto, que es de actualidad.

## Honras fúnebres.

A la memoria del querido hermano  
Manuel Martínez y Velilla.

Como habíamos anunciado en nuestro periódico, la Respectable Logia *Fraternidad Ibérica* de esta ciudad y de la jurisdicción de esta Gran Logia, debía consagrar una solemne sesión de honras fúnebres el 18 del actual, á la memoria del que fué su Secretario y uno de los miembros más distinguidos, hermano Manuel Martínez y Velilla. Al cariño que los masones de esta localidad profesábamos al finado, que ha dejado entre nosotros tan buenos recuerdos, uníase la circunstancia de ser hijo del actual Venerable de la misma, querido y respetado de todos, hermano Manuel Martínez Reina. Estas circunstancias contribuyeron á que el acto estuviese muy concurrido y revistiese un carácter tan solemne y conmovedor, que no es fácil trazarle sobre el papel, aunque nos fué fácil sentirlo en el corazón. También contribuyeron á este efecto los notables discursos que se pronunciaron alusivos al acto, de que daremos breve idea á nuestros lectores.

En el centro de nuestro espacioso templo y delante del altar se había colocado un túmulo de elegante forma. Sobre un pedestal triangular de 90 centímetros de altura, descansaba una pirámide que se elevaba 2 metros sobre aquel; en la cúspide una elegante copa de metal con alcohol, para ser encendida á su tiempo; los ángulos de estos dos cuerpos estaban revestidos de listones dorados y sus caras pintadas al óleo en blanco. Una gasa negra rodeaba el centro de la pirámide llevando en sus tres caras esta dedicatoria en letras doradas: MANUEL MARTÍNEZ VELILLA. El sillón del Secretario estaba desocupado y en él se veían el mandil y la banda de maestro del finado, y en la mesa del Venerable los atributos de la Fraternidad.

La sesión comenzó á las nueve de la noche y después de los trabajos propios de la Logia se dió entrada por su orden á los hermanos visitantes, que venían á prestar el último homenaje que la Masonería consagra á sus hijos. En Oriente ocuparon asientos á la derecha del Venerable de la Logia, el Gran Maestro de la Gran Logia, el Presidente de la Confederación del Congreso de Sevilla, el Venerable de la Logia Cosmopolita, el de la Ponos de Baena (Gran Oriente Nacional) y el de la Bética de Sevilla (Gran Oriente de España.) A la izquierda, el Venerable de la Numancia, el de la Logia de San Juan 115 de Gibraltar, el Representante de la Gran Logia Unida de Colon, el ex Gran Maestro interino y el Representante de la Gran Logia de Roumania. Los cargos de la Logia estaban desempeñados por los oficiales de la misma y las columnas se veían ocupadas por numerosos visitantes de todas las Logias de la localidad y algunos forasteros.

Practicado el ceremonial del Rito, encendiéndose la luz, símbolo del G. A. D. U., quemado el incienso al pie del altar y depositadas sobre el túmulo las insignias de la Masonería, el Venerable de la Logia leyó uno de esos discursos, que solo el corazón de un padre sabe sentir y sus labios pronunciar. El recuerdo de un hijo querido, á quien había visto nacer á la luz de la Masonería en el mismo local, donde ahora nos reuníamos para honrar su memoria, arrancaba de su alma sentidas frases, que causaban en el ánimo de todos una impresión imposible de describir. Los que conocemos al hermano Martínez y tratamos á su hijo Manuel, como mason y como profano, comprendemos la difícil situación de aquel en esta ocasión y lo que sentiría su alma al recordar los consejos que dió á su hijo en el acto de su iniciación, para interrogar de la manera siguiente: «¿Oyó mis consejos? ¿Cumplió sus deberes como mason y como profano nuestro querido hermano Floridablanca?» Confesamos que al escuchar estas palabras, nos sentimos hondamente afectados y no sabíamos que respetar más, si la memoria inmaculada del hijo difunto, ó la entereza del padre vivo en medio de su inmenso dolor. Nuestros lectores juzgarán lo que decimos, cuando lean el discurso del querido hermano Martínez que á continuación insertamos.

Sucedíole en el uso de la palabra el orador del cuadro, hermano J. Rubio y Gali. Conocida es de todos la elocuencia y brillantez de la palabra de este hermano y la profunda intención de sus discursos, y sabemos todos el temple de su alma para sobreponerse á las situaciones más difíciles. Pero en esa noche vimos que no pudo sustraerse á la influencia del sentimiento, y por más que apelase á la fuerza de la razón fría y serena, fué aquél más fuerte para subyugarle. El hermano Rubio amaba mucho al difunto; le acompañó en su iniciación, fué su segundo padre, su leal amigo y consejero en la vida masónica y en la vida profana, y esto explicaba la situación de su espíritu en aquel momento. En tal estado, ¿cómo contestar á las preguntas hechas por el respetable padre de tan querido hermano y amigo? ¿Cómo no sentir su pérdida, que deja un vacío en la Logia, en la familia, en el corazón de los que le amaban? Si la ley que nos condena á morir es una necesidad para la reproducción de la vida, es sin embargo un hecho doloroso para el que muere y para los que sobreviven; dolor que solo puede mitigarse, como en el caso presente, con el recuerdo de la buena memoria del finado.

Después habló el Gran Maestro, asociándose en nombre de la Gran Logia al dolor que embarga á la Respectable Logia *Fraternidad Ibérica* y á la respetable familia del difunto, especialmente á su querido padre por tantos títulos respetado de todos nosotros. El acto que se estaba realizando era ocasión más propia para sentir, que para hablar, y más significaba el silencio que reinaba, que los más elocuentes discursos que pudieran pronunciarse.

El hermano J. L. Padilla, Presidente de la Confederación, siguió al Gran Maestro, y en nombre de aquella, dió el más sentido pésame á la Logia que actuaba y á su digno Venerable. En elocuentes frases hizo el elogio del finado,



trazando un cuadro exactísimo de sus virtudes como mason, como hijo, como esposo, como amigo, confirmando lo dicho por el hermano Rubio de las dos notables cualidades que le adornaban, una firmeza de carácter inalterable unida á una modestia poco comun, que le captaba las simpatías de todos. Como siempre, el hermano Padilla nos cautivó con su palabra y consiguió que, apesar de discurrir sobre un tema ya agotado, le escuchásemos todos con gusto y atención. Terminado su discurso, leyó con perfecta entonación la bellísima poesía, que la ilustre literata, Srta. Mercedes de Velilla, dedicaba á la memoria querida de su sobrino. No somos competentes para juzgar esta notable composición, que tenemos el gusto de honrar con ella las columnas de nuestro periódico, para que nuestros lectores puedan disfrutar del placer que nosotros sentimos al escucharla. Ella y el discurso del Venerable Martínez son las dos notas salientes de la sesión que reseñamos.

Seguidamente el hermano Miniet, cuya salud se hallaba bastante resentida, se adhirió en breves frases en nombre de la Logia *Progreso* de Málaga, de que era garante de amistad cerca de las Logias de aquí, y á la que había representado el difunto en la última legislatura de la Gran Logia, al sentimiento unánime de todos por tan irreparable pérdida.

El hermano M. A. Lallave, Venerable de la Logia *Numancia* cerró la serie de discursos. Resonaban aún en el templo las frases sentimentales pronunciadas por los oradores anteriores y los lamentos sublimes de la gran poetisa habían conmovido profundamente las fibras más delicadas de nuestro corazón. Una atmósfera densa de dolor y sentimiento oprimía nuestro espíritu y era necesario distraerlo por algunos instantes llevándole á otro género de pensamientos, graves también y propios del acto. El hermano Lallave dió el pésame en nombre de la *Numancia* á su hermana la *Fraternidad Ibérica* y á su Venerable Maestro y consignando que en estos actos hay algo que debe dejarse al sentimiento y á la conciencia religiosa, dijo que en aquel sitio significaba un juicio de residencia, que de la conducta del finado hacían sus hermanos, que ahora eran sus jueces. Al efecto recordó estas palabras del Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Si, dice el Espíritu; que descansarán de sus trabajos; por que sus obras con ellos siguen,» y dijo, que lo importante para nosotros era examinar si la memoria del querido hermano Floridablanca podía presentarse seguida de sus buenas obras ante el altar, que un día recibiera sus juramentos. El mismo padre del difunto se levantaba como juez de su hijo y preguntaba: ¿cumplió sus deberes como mason y como protano el hermano Floridablanca? Indudablemente: el hermano Lallave interpretando la unánime opinión de todos los presentes, le absolvía con justicia. Recordó que en los tiempos presentes no abundan los ejemplos de fidelidad á los juramentos prestados; que la Masonería en España languidece y agoniza más por la falta de fé masónica que por otras causas, y mientras vemos un gran número de llamados masones, que descansan de sus trabajos en el sueño, otros miran con indiferencia lo que pue-

de contribuir al prestigio de la Institución. El hermano Floridablanca fué un ejemplo de fé, constancia y abnegación. Rodeado de cadáveres sin espíritu, saltando por encima de los huesos secos de los que han muerto á la vida masónica, viósele siempre en su puesto, cumpliendo como bueno cuantos cargos y comisiones su Logia le confiara, asiduo en el trabajo, activo en la propaganda, siempre consecuente con su palabra empeñada. Así debemos ser todos; para que cuando nos llegue nuestro turno, venga nuestra memoria seguida de buenas obras ante el altar de nuestros juramentos levantado delante de nuestro túmulo en medio del jurado de nuestros hermanos.

Después de esto el silencio reinó en el templo y continuó la ceremonia fúnebre haciendo la peregrinación al rededor del túmulo y depositando en él el simbólico ramo de acacia. Circuló el saco de beneficencia, cuyo producto se destinó á una familia que había merecido la amistad especial del finado, y nos retiramos todos en paz, después de jurar hacer á los demás lo que quisiéramos se hiciese con nosotros.

**Discurso leído por el hermano M. Martínez Reina en la sesión de honras fúnebres celebrada por la «Fraternidad Ibérica,» á la memoria del hermano Manuel Martínez y Velilla.**

Muy Resp. G. Mtro. QQ. y RR. IIIH.

En la noche del 12 de Octubre de 1876, y en este Temp., tuvo lugar uno de los actos de más importancia para nuestra orden. Se trataba de una iniciación.

Yo, á quien siempre afecta, en sumo grado, tan respetabilísimo acto, por considerarlo el más trascendental que ejecutamos, pues al traer una nueva piedra al edificio que levantamos, tanto puede contribuir á su engrandecimiento y prosperidad, como á nuevas luchas y sinsabores, me hallaba, en esa ocasión, mucho más conmovido que de costumbre, experimentando tan distintas sensaciones, que me sería imposible el describirlas, pues para ello no encuentro palabras.

Por una parte, el gozo más supremo inundaba mi corazón; por otra, un temor grandísimo embargaba mi alma, y no es esto de extrañar, hh. míos, por mucha seguridad que tuviese en el iniciando de que se trataba, pues es de tal entidad, á mi juicio, la responsabilidad que contraemos con la presentación de un nuevo miembro, que no creo haya quien lo ejecute con completa tranquilidad, por muy convencido que esté de sus buenas condiciones.

Ya habreis comprendido que me refiero al acto de la iniciación de nuestro h. mi inolvidable hijo, Manuel Martínez y Velilla.

Recuerdo, como si no hubiese pasado momento alguno entre la fecha citada y la en que



nos encontramos, las palabras que me creí en el deber de dirigirle; y permitirme, hh. qq. que cite algunas de ellas; son recuerdos tristes y al mismo tiempo consoladores para mi pena, pues parece que ésta se mitiga mientras más se estrema el sufrimiento.

Pudiera recitarlas á la letra; tan grabadas estan en mi memoria. ¡Y como nó, si ellas eran hijas de la más completa convicción, de la más santa idea, del deseo, en fin, de seguir guiando por el sendero del bien lo más querido de mi vida, mi querido hijo, el ídolo de mi corazón, el que desde aquel momento tomaba el doble carácter de herm. de inseparable amigo!

«Querido hijo,—le dijo, despues de otras consideraciones—el patrimonio del hombre consiste sólo en su honradez; sus mayores goces son la práctica de las virtudes, aliviar las desgracias de sus semejantes y combatir la ignorancia y la superstición.»

«Tengo la seguridad, querido hijo, de que así lo comprendes, y de que ésta será la norma que te guiará durante tu vida; si ésta convicción no abrigase, no te encontrarías en este augusto recinto.»

Le aconsejé, despues, que, habiendo tenido la dicha de ver la luz en los albores de su vida, al comenzar la época en que el hombre necesitaba más apoyo para cruzar sobre la tierra, debía utilizarla para evitarse muchos sinsabores que experimentaba el profano por falta de un brazo fuerte y sabio que le guiase; que acudiese, en todas sus tribulaciones, á los hh., los cuales con sus saludables y cariñosos consejos le enseñarían el camino por donde pudiese transitar con menos dificultad y aspereza, y sólo con ménos, por que siempre el sendero de la vida estaba sembrado de espinas que precisamente habian de punzarle con más ó ménos rigor.

Ahora bien, qq. hh. ¿Oyó mis consejos? ¿Cumplió sus deberes, como Mason y como Profano, nuestro querido hermano Floridablanca?

No soy yo, ciertamente, hh. mios, el llamado á contestar á estas preguntas: sólo sus hermanos tienen derecho á juzgarle. Yo me recuso; mi cariño excluye toda clase de juicios, y el amor sólo ve perfecciones en el objeto de su culto. ¿Qué padre podia juzgar desapasionadamente al hijo de sus entrañas?

Si el amor paternal disculpa hasta los yerros y las faltas de los hijos; cuando no hay yerros ni faltas que perdonar, cuando solo hay motivos para extremar el afecto, y para encarecer el sentimiento que conturba el ánimo, bien podreis considerar, hh. mios, las dolorosas emociones

que en este momento agitan mi corazón afligidísimo.

En verdad que no quisiera entristeceros; pero al renovaresta llaga, que nunca ha de cicatrizar, mis palabras salen de mi pecho como gemidos arrancados por el dolor, cuando á la llaga se toca, que ni hay fuerza ni voluntad para sofocar ó reprimir. Tal es la debilidad de la naturaleza y tal la ley humana!

Sé que nacemos á morir; sé que la muerte—eso que se llama destrucción—es el medio por que se produce la renovación de la naturaleza y el perfeccionamiento de los espíritus, que nos animan, llamados, merced á evoluciones aunque desconocidas, adivinadas, á fundirse en la felicidad inmensa, agena de dolores terrenos, y libre de miserias mortales, que circunda al gran A. del U.; y aun me atrevo á sospechar que aquel que antes se desliga de los lazos miserables de la carne, y de la fatigosa cárcel humana que encierra el espíritu, ha merecido inestimable favor de la Providencia que preside los destinos de la humanidad y de los mundos. Pero no hay renovación que se cumpla sin dolor; no nace la flor ni el fruto sino á expensas de la savia de la rama, ni el niño ve la luz sino á costa de los dolores de la madre.

Por eso no tengo que encareceros el mío; al morir mi amado hijo, ha muerto algo de mí, algo de mi ser, y aunque estas ideas puedan servirme un día de consuelo, hoy sólo siento el dolor que me produce la herida abierta y manando sangro que me es imposible restañar. Perdonadme qq. hh. que haya evocado tan tristes recuerdos; pero, como dijo el profeta, la abundancia del corazón sale por la boca; y al hacerlo, creed que, en mi conciencia, pienso que cumplo un deber sagrado, aun que penosísimo: pues de no ser así me parecería ver la sombra de mi amadísimo hijo, diciéndome;

«¡Padre mío, que poco me quieres cuando no te merece un recuerdo mi memoria!»

## A Manuel Martínez y Velilla.

### ¡MANUEL!

¡Era su nombre! ¡El que, en dichoso día, la voz del sacerdote pronunciaba, y el órgano, en sus notas, repetía cuando en la vida entraba y el agua del bautismo recibía! Entre el momento aquel, ya tan lejano, y este momento, que el dolor convierte en larga eternidad, media un arcano: ¡el arcano terrible de la muerte!

¡Manuel! Su nombre, con profundo eco,



en nuestros labios vibra,  
y á herir desciende, como golpe seco,  
del triste corazon la última fibra.  
¡Manuell! ¡Ay! El destino  
destrozó, fiero, porvenir hermoso,  
como en el monte, el huracan furioso  
el cedro, que dió sombra al peregrino,  
y, en el mar borrascoso  
de nave audaz el desplegado lino!  
¡Cómo aquella existencia,  
de fortuna mejor merecedora,  
se fué rindiendo á la mortal dolencia,  
sin lanzar una queja, acusadora  
de la horrible crueldad de la sentencia!  
Como quien mira al cielo, y le vé oscuro,  
y si mira á un abismo, no vé el fondo,  
y si pretende huir encuentra un muro,  
él sus angustias, de su fin seguro,  
encerraba del alma en lo más hondo.  
¿Cómo, cómo lanzar del pensamiento  
aquella imágen, que la imágen era  
de la resignacion y el sufrimiento?  
¡Dulce vida, en mitad de su carrera,  
cortado el paso, sin vigor ni aliento!  
¡Con qué noble heroismo,  
roedor secreto en su conciencia oculto,  
guardaba su dolor para sí mismo,  
como si aquellos que le dieron vida  
ilegal no viesen la tremenda prueba  
y no sangrasen por la abierta herida!

Lentas, abrumadoras,  
cargadas de temor sin esperanza,  
al fin pasaron las dolientes horas.  
El último eslabon de la cadena  
rompióse, al fin, con el supremo grito;  
las regiones cruzó de lo infinito  
el espíritu, ya sin ligadura,  
y la materia inmóvil, ya sin pena,  
esperando quedó su sepultura.  
Y ántes que tumba y atahud, ya abiertos,  
reclaman con afán esos despojos,  
para mirarlos, insaciables ojos,  
para seguirlos, corazones muertos.  
Ante el cadáver frío,  
que aún, con su vista, consolar parece,  
pues lejos de él aumentase el vacío,  
aunque el dolor las lenguas entorpece,  
el alma, sin cesar, grita: ¡Hijo mío!  
De esposo el nombre entre sollozos brota,  
y el de padre también el viento hiriere,  
en queja amarga de la injusta suerte,  
si el alma de los ángeles pudiera  
sentir el mal y comprender la muerte.

¡Cuántos amantes lazos,  
por una eternidad ya destruidos!  
¡Qué inmóviles están aquellos brazos,  
y los cerrados ojos, qué dormidos!  
¡Ay! Aún es él; mas su quietud espanta;  
es él; pero ¿qué es ya? ¡Triste materia,  
que aún se despide, con helada planta,  
de todo lo que fué mundo y miseria!  
¡Cuerpo que baja, en miserable estado,  
de la existencia el escalon postrero;  
resto, apenas durable, del pasado,  
y horror de lo presente y venidero!  
Nó, ya no es él; el barro, solamente,  
que, modelado con la forma humana,  
cárcel fué del espíritu, ya ausente...

y ni esa forma guardará mañana.  
Barro sin alma, cual la dura roca,  
insensible al vaiven de la marea,  
¡todo el mar de dolor que le rodea  
yá ni un suspiro arrancará á su boca,  
ni ya en su frente agitará una idea!

Dos edades no más le dió el destino;  
la niñez con su risa y con su juego,  
y, anuncio ya de su postrer camino,  
la juventud con su esperanza y fuego,  
con su anhelo sin nombre,  
con los ardientes, puros ideales  
que son eterna aspiracion del hombre.  
Del progreso las rutas inmortales,  
del trabajo creador la honrada esfera,  
de la virtud modesta las escalas,  
pasar sintieron, en fugaz carrera,  
de aquel valiente espíritu las alas.  
De la razon la luz; del sentimiento  
las hondas vibraciones;  
la verdad, para abrir su pensamiento,  
y el bien, para encerrar sus ambiciones,  
tuvieron en su espíritu cabida.  
Como el cristal del vaso  
ver nos deja el color de la bebida,  
de aquellos ojos la mirada en calma,  
espejo de cariños y bondades,  
nos mostraba, entre azules claridades,  
todo el sublime fondo de su alma.

La vida es la amenaza de la muerte;  
fué, desde el primer día,  
cuando del hombre se trocó la suerte  
en castigo á su infausta rebeldía.  
Así termina todo lo terreno;  
así termina cuanto el hombre alcanza:  
tras él la muerte avanza,  
hambriento siempre el insaciable seno.  
¿Y es terrible no más la ley suprema  
que condena á morir? Nó; ley divina,  
también es sabia, y cuando el cuerpo inclina  
de la vejez y del dolor el peso,  
recibe el alma de la muerte el beso  
que á futuros destinos la encamina.  
Todo nace á morir; ¡y qué inclemente  
no fuera, en realidad, nuestra existencia,  
si hubiese que llevar, eternamente,  
esta carga del cuerpo y la conciencia!  
La muerte esconde, en su region ignota,  
el bien perfecto y la absoluta calma;  
¡sólo aquí el mal, entre combates, brota,  
y siempre en nuestro ser la muerte flota  
como inconsciente aspiracion del alma!  
Mas ¡ay! Los seres que la tierra hollamos,  
ligados del amor por la cadena  
y en el hogar feliz nos agrupamos,  
¿cómo podremos, sin terrible pena,  
ver que se rompe un lazo de la vida,  
y por siempre á vivir se nos condena  
lejos del alma que nos fué querida?  
Sábía halló la razon la ley augusta  
que vida y muerte enlaza;  
mas ¿cómo hallarla el sentimiento justa?  
¡Si á la razon no asusta,  
horroriza al amor que la rechaza!

¡Manuell! ¡Tú sucumbiste  
en brazos del cariño que hay más santo,  
y, no como al nacer, sino muy triste,



nuevo bautismo de abrasado llanto  
sobre tu helada frente recibiste!  
Después...; Después, la losa funeraria;  
la paz aterradora del vacío;  
en el lábio el suspiro y la plegaria,  
y en el alma el dolor hondo y sombrío;  
un sitio, en el hogar, siempre desierto;  
una memoria, que el amor venera;  
unos vivos que lloran por un muerto,  
y un muerto que, en su tumba, nos espera!

MERCEDES DE VELILLA.

A. L. G. D. G. A. D. U.

S. A. P.

A la Respetable Logia «Numancia,» número 16, en el día de nuestra exaltación al último grado de la Masonería Simbólica, 7 de Febrero de 1884.

Muy Respetable Maestro y queridísimos hermanos:

Días felices, momentos de alegría que no se borran jamás de la imaginación del hombre hay en la vida, y este es, precisamente para nosotros, uno de ellos.

Desde el momento que tuvimos la honra de traspasar las puertas del Templo donde se ahondan pozos sin suelos á los vicios y se trabaja sin cesar porque resplandezca la Virtud, desde entonces, desde que nos invistieron con el mandil, distintivo del Mason, símbolo del trabajo y por su blancura de la pureza que abriga nuestros corazones y participamos de los trabajos que en bien de la Humanidad hacen pobres y ricos, industriales y obreros, todos reunidos por el verdadero nombre de Hermanos, desde entonces decimos, nos creímos superiores, no á los demás obreros de la regeneración social, sino á los egoístas-ignorantes ó sabios-criminales, que por cuantos medios pueden, tratan de impedir que el hombre, verdadera imagen del Creador, se eduque, se ilustre y llegue á comprender lo que debe á Dios, así mismo y á sus semejantes.

¿Pero era esto el complemento de nuestra felicidad? No, por cierto. Cuando cubríamos el Templo de la Verdad porque se iba á trabajar en Cámara superior á nuestro grado, nuestros pechos se llenaban de amargura y sentíamos deseos vivísimos de que llegara este instante, para no separarnos jamás de vosotros en la sublimar tarea que representa la Masonería en bien de la Humanidad.

Pero aún no nos parece que ha llegado el deseado fin; ambicionamos lucha, lucha sin descanso, con los que predicando falsas doctrinas y trabajando sin cesar se han apoderado de las conciencias de las clases trabajadoras, fanatizándolas con sus errores y supersticiones para que no lleguen á conocer que ellas trabajan para mantenerlos en la holganza, que ellas labran la honra y bienestar del hogar, mientras ellos procuran destruirse.

Que el Jesuitismo, ese enemigo implacable del progreso y la ilustración haya influido tanto cerca de los Gobiernos reaccionarios para llegar

á destruir nuestra respetable Institución, y haya esparcido por las masas inconscientes que nos reunimos para asesinar monarcas y Padres Santos, lo que ellos hacen con los que se oponen á su engrandecimiento, pues esa es su misión, lo comprendemos y nos lo explicamos perfectamente.

Lo que no comprendemos y no nos explicamos es que prosigamos cruzados de brazos sin arrebatarnos la presa, sin descarnarlos y destruirlos para siempre. Gran empresa es y fuerzashereñeas se necesitan para dominarlos; pero en la gran batalla que debemos librar luchan con nosotros la justicia y la razón, y ayudados con la fe y constancia que abriga nuestros pechos, nuestra será la victoria.

¿Quiere esto decir que se abran las puertas de nuestros Templos de par en par para que penetren en ellos todo el mundo? no, por cierto; que la Masonería se lance á la calle á buscarlos, tampoco, pero sí que nos lancemos unidos cual apretado haz, nos confundamos con toda las clases sociales, les prediquemos las sanas doctrinas que sustentamos, que trabajemos sin descanso por la ilustración de todos los pueblos, por la emancipación de los hijos del trabajo, porque la mujer, esa parte tan principal de la sociedad y que tanto influye en la educación de los nuevos ciudadanos, sea lo suficientemente ilustrada para poder inculcar en el corazón de sus fieles hijos, sanas doctrinas libres de la influencia clerical.

Muy Respetable Maestro y queridísimos hermanos: grande, inmensa es nuestra dicha por haber ascendido al último grado de la Masonería Simbólica, pero aún nos resta algo, ya lo sabéis. Para llevar á la práctica nuestros pensamientos, deseamos que cuando las obras de nuestro Templo se concluyan y en él se celebren las sesiones, se hagan estudios sobre el asunto. De esta manera probaremos á todos que nos reunimos para regenerar á la Humanidad y llegará un día en que nuestros hijos, al bendecir al Gran Arquitecto del Universo, nos bendigan también á nosotros.

Y para no molestarnos más, sólo nos resta, Muy Respetable Maestro y queridísimos hermanos, daros las gracias por este honor y el de habernos confiado cargos en Logia, lo cual no nos creemos merecer y pedir nos acompañéis en el viva que sale de nuestros pechos.

¡Viva la unión de la Masonería!

¡Viva la Gran Logia Simbólica Independiente Española!

A. M. L., Progreso.—M. C. de T., Fraternidad.

La Encíclica «Humanum Genus» contra la Masonería está dando lugar á notabilísimos escritos en defensa de nuestra Institución, tan torpemente calumniada en un documento, que por su naturaleza debía ser serio, aunque le faltasen otras cualidades. Buono fuera poder reunir en un volumen esos artículos, que sería la contestación más cumplida á las vanas declamaciones del Vaticano. Recomendamos en particular los escritos que sobre el asunto han publicado nuestros colegas «El Triángulo» y «La Reforma».

Sevilla.—1884.



